

## **ORAR EN EL ESPÍRITU SANTO** **(Meditación de Pascua)**

La oración, diálogo del hombre con Dios, sólo es posible por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. *Ninguno puede decir: “¡Jesús es Señor!”, a no ser que esté hablando bajo el poder del Espíritu Santo* ((I Cor 12,3). Y, *porque no sabemos orar como se debe, pero el Espíritu Santo mismo ruega a Dios por nosotros, con gemidos que no pueden expresarse con palabras* (Rm 8, 26). Textos ambos claves para el planteamiento que nos ocupa.

El ser humano no puede escuchar a Dios ni hablar con Él, si el Espíritu Santo no le da el oído y la palabra. Y la razón de ello estriba en que la distancia infinita que media entre el Creador y la criatura, no se salva con un salto hacia fuera ni hacia arriba, sino hacia adentro. Allí dentro, en el más recóndito sagrario de nuestro ser, donde mora *el dulce Huésped del alma*, es donde se fragua el misterio de la oración cristiana.

Expresiones tales como estas nos dan testimonio:

*Entremos más adentro en la espesura.*

*Olvido de lo creado,  
memoria del Creador,  
atención a lo interior  
y estarse amando al Amado.*

*Entréme donde no supe  
y quedéme no sabiendo  
toda ciencia trascendiendo.*

Las tres citas anteriores de san Juan de la Cruz deben servir para abundar en la certeza de que la oración cristiana no es cuestión de palabras, ni de ideas, ni de gestos..., sino de vida interior, vida en el Espíritu. En la espesura del Amor de Dios, sólo podemos entrar de la mano del Espíritu. Y allí, en abandono amoroso, estarse amando al Amado, en Quien toda la Creación se recrea, y yo con ella. Siendo así, y sólo así posible trascender todo conocimiento de Dios que no se traduzca en amorosa unión de mi ser con el Suyo. La Sabiduría de saberse amado por Dios (pues *Él nos amó primero*) y poder amarlo hasta encontrar en tal intercambio amoroso mi más acabada realización de criatura, persona humana.

La oración -diálogo del hombre con Dios- hace a la mujer y al hombre más humano, más fiel a su propia humanidad, desde la conciencia de un Dios que lo ama tal como es, sin pedirle renunciar a nada de cuanto lo constituye criatura en manos del Creador. También hace a Dios más Dios (¡) desde el descubrimiento sin palabras que hace el orante de su misterio de Amor infinito, universal, eterno y gratuito. Dios empieza a ser Dios para mí cuando lo reconozco en el amor con que me ama y ama cuanto tiene ser.

Hablamos, pues, del *salto al centro*, que significa tomar conciencia, por la fe, del Espíritu que nos hace templos de su presencia y de su acción, permitiéndonos conocer a Dios en relación con nuestra propia vida, y mantener con Él una comunicación amorosa

que no deja fuera de ella ningún aspecto relevante de nuestra existencia temporal y eterna.

*¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en su más profundo centro!  
pues ya no eres esquiva,  
acaba ya si quieres,  
rompe la tela de este dulce encuentro.*

Puestos en comunicación con Dios, por medio del Espíritu Santo, en la hondura interior de nuestro ser personas, sentimos que somos llevados a un más allá que no tiene término. Es el anhelo del alma enamorada que, inmersa en la contemplación de amor, ya no puede desear nada más que la pérdida del propio ser en el Ser del Amado.

La oración ha realizado su máximo cometido: la unión mística. Se ha roto la tela que velaba (se ha desgarrado *la nube del no-saber*), y dentro de ella misma, sin visión alguna posible porque se ha perdido toda perspectiva para poder ver al otro como distinto a ti, gozas de esa fusión/identificación, en la que todo el Amado eres tú, y tú eres todo en el Amado.

Tal vivencia pasa a ser la profundidad misma del ser de quien la ha experimentado. Es el milagro del *Amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo* (Rm 5,5). Desde las entrañas del ser orante, toda la persona queda empapada, sumergida, transformada en el Dios de Amor. Nada es por separado suyo ni mío. Mi dolor es suyo, su gozo es mío. Mi temporalidad es suya, su eternidad es mía. Dios vive en mí. Yo me vivo en Dios. Y la certidumbre de tal fusión, recibida en una conciencia humana, permite al que en sí la alberga ver el mundo y todo cuanto en él acontece bajo el prisma de la Misericordia y la Salvación. Este mundo y yo estamos ya salvados por el Amor de Dios, más grande que todo lo que parezca negarlo. El Espíritu que habla en nosotros, hasta permitirnos poder decir: “*¡Jesús es mi Señor!*”, habla igualmente, y precisamente por el reconocimiento creyente en Jesús Salvador, para que acertemos a confesar la verdadera fe en un Dios que no quiere serlo sin su criatura humana, en la que al depositar su Amor (que es Él mismo en Persona), ha hecho estallar toda nuestra finitud con la fuerza de su Palabra Creadora, Redentora, Resucitada. Esta es la Palabra que nos permite hablar *bajo el poder del Espíritu Santo*. Y hablamos su lenguaje, siendo como es el lenguaje la expresión de su riqueza vital. Y no cabe engaño posible, puesto que, si por nuestro propio poder, voluntad o naturaleza nos quisiéramos dirigir a Dios, no sabríamos hacerlo adecuadamente, ahora, es el Espíritu el que en nosotros y con nosotros nos permite dialogar con Dios, en un Tú a Tú, en el que Dios se mira en mí, como su espejo, y yo me veo en Él, ya mi espejo único.

\* \*

Esta es la oración en el Espíritu Santo. La única que en verdad es oración. La única en que la comunicación con Dios arranca de lo más íntimo de mi ser y me une a lo más íntimo de su Ser. Y esto es así, porque es el Espíritu del Padre. Como tal nos engendra con su Amor, y nos permite sentirnos hijos muy amados, circulados desde las raíces de nuestra existencia por una Voluntad de Gracia Divina. Porque es también el Espíritu del Hijo. Y, como tal, haciéndonos en todo obedientes y sumisos al Padre, confiados y

abandonados en su Amor, nos permite descubrir y saborear lo importantes que somos cada uno para el Padre, cada uno como hijo muy amado y predilecto (pues cada uno somos amado con una predilección que manifiesta la originalidad que Él tanto respeta y valora en cada uno de sus hijos).

Y porque, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, que llamamos Espíritu Santo, se caracteriza por ser, precisamente, relación de amor, comunicación en el amor, fuerza de amor cuya eficacia asegura la victoria de la vida sobre todas las formas de muerte, del amor sobre todos los miedos y sinsentidos que pretenden dominar nuestra alma..., es bajo su amparo y dominio donde se desarrolla al máximo posible el bello panorama de la oración en el espíritu humano. La oración es cuestión de amor. Y el Espíritu Santo es en sí mismo Movimiento de Amor entre el Padre y el Hijo, entre el Hijo y el Padre, y de ambos para nosotros.

El Padre, el Hijo y el Espíritu, siempre en su Unidad irrompible de amor, recrean en el centro de mi ser

\* \*

El modo como el Espíritu Santo abre en cada uno de nosotros la fuente de la oración o comunicación amorosa con Dios es, ante todo, como **espacio de connaturalidad**. Ello significa que somos elevados desde nuestra pequeñez hasta su grandeza, desde nuestra naturaleza humana hasta su Naturaleza Divina. Es *el salto al centro* (no hacia arriba ni hacia delante), desde donde yo puedo ver el mundo con los ojos de Dios y amarlo con el corazón de Dios.

La Naturaleza de Dios, siempre inabarcable e incomprensible, por la presencia y actividad del Espíritu Santo en mi alma, en mi psiquismo humano, me permite sentir y actuar como Él mismo, con Él mismo, con su Naturaleza acercada a la mía hasta el punto de que mi propia naturaleza, tan limitada en tantas cosas, toma el vuelo de la Naturaleza Divina, porque de ella se ha alimentado, y de ella ha asimilado la luz de la Verdad y el calor del Amor.

*Puso su ojo en nuestros corazones para mostrarnos las grandezas de sus obras* (Ecl 17.8) Podemos ver el mundo como Dios lo ve, y en él podemos amar a Dios como él lo ama. Las grandezas de las obras divinas -la primera de las cuales soy yo- sólo son visibles desde *el ojo interior del Amor*, el que el Espíritu Santo abre al obrar en nuestro ser la connaturalidad divina. Los ojos de mi inteligencia natural, dejados a sí solos, y la ternura de mi corazón, campeando a sus anchas, no alcanzan a ver a Dios en su Amor y en el de sus criaturas. Pero el Espíritu Santo los ensancha, los sublima, de tal manera que, con sus fuerzas teologales, nos hace partícipes, ya en esta vida, de los goces eternos.

La oración en el Espíritu Santo ya no será otra cosa que gozar mucho de Dios en todas las realidades (positivas o negativas, dulces o amargas), de este mundo. Nuestra naturaleza temporal sigue sometida al tiempo, es decir, a lo que sucede, a lo contingente, a lo caduco...; pero la Connaturalidad Divina, que está abierta en el centro de mi ser, actúa como fuerza renovadora más eficaz en su Verdad y en su Amor que todos los asaltos del tiempo caduco. Desde la Connaturalidad, mi naturaleza humana vive simultáneamente en el tiempo y en la eternidad.

\* \*

Mas en la dimensión cristiana, de la que nos ocupamos, la oración en el Espíritu Santo, goza también de otro espacio privilegiado, como es el de **la identificación con Cristo**. Nos hace uno con la Humanidad de Cristo, es decir, con la experiencia del Jesús histórico, como enviado del Padre a anunciar el Reino que está ya entre nosotros. *Pues cuantos se dejan conducir por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Y también, el mismo Espíritu, a una con nuestro espíritu, certifica que somos hijos de Dios* (Rm 8, 14.16). El fidelísimo *notario* que llevamos dentro certifica que somos hijos en el Hijo, hijos del mismo Padre que lo es Jesús. Nada hay que temer, pues nuestro Padre sabe muy bien qué es lo que necesitamos en cada momento de nuestra vida (cf Mt 6, 25-34). Y sólo espera de nosotros que, junto con la confianza en su Amor, pongamos lo mejor de nuestras vidas al servicio de su Reino.

Identificados con Cristo por el Espíritu, somos amados con el mismo amor con que lo es Jesús (*Como el Padre me amó, así os amo yo también; permaneced en mi amor*). Y como el Hijo se sabe enviado del Padre, con el mismo contenido y con idéntico poder libertador, somos enviados nosotros (*Como el Padre me envió, así os envío yo en medio del mundo*; Jn 17, 18). Es un “como”, no de similitud, sino de identificación total. Desde la obra del Espíritu mantenida, actualizada, profundizada en la oración, somos día a día cada uno de nosotros más otro Cristo, otro Ungido de Yahvé, para llevar a cabo las obras que Jesús hizo y aún mayores (cf Jn 14,12), aportando a nuestro momento histórico la fuerza utópica del Reino, antídoto único contra las falsas concepciones de la vida que tanto estrago suelen hacer entre muchos de nuestros hermanos y hermanas.

Particularmente significativas me resultan las despedidas de Jesús en los sinópticos, en cuyos cuadros se resume con pinceladas maestras el sentido de la vida cristiana en el mundo.

*Id por todo el mundo, y predicad este mensaje de salvación a todos: el que cree y es bautizado, será salvado; pero el que no cree, será condenado. Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre echarán fuera espíritus malos; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si beben algo venenoso, no les hará daño; además pondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán sanos* (Mc 16, 15-18)

El *leit motiv* de los tres finales de los evangelios sinópticos es el envío misionero. Ser cristiano es continuar la misión de Jesús en el mundo, con su mismo estilo, sus mismas armas, su mismo contenido. Marcos subrayará la dimensión utópica de la vida cristiana. No estamos más allá del bien y del mal; pero sí reconocemos que el mal, en cualquiera de sus manifestaciones históricas, ya ha sido vencido en su raíz. No tememos al mal, a ninguna forma de mal que pueda sobrevenirnos. No nos pasamos la vida pensando en las cosas malas, las que pudimos hacer, las que tal vez nos hicieron, las que realmente nos aquejan individual o solidariamente hablando. En Cristo somos superiores. Basta con la fe para ser salvo de todo mal, en su dimensión de maldición, de castigo, de condena. Nuestros pensamientos y afectos están más orientados (y ordenados) al deseo

y la posibilidad que tenemos de pasar haciendo el bien y curando, como Jesús, a los oprimidos por el mal.

*A mí se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Id, pues, a las gentes de todas las naciones y hacédlas mis discípulos; bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a obedecer todo cuanto yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28. 18-20)*

Mateo, destaca la presencia de Jesús en y con sus seguidores. Hasta el fin del mundo. Hasta el fin del mal. Y cada uno de sus seguidores podrá experimentar cómo el fin del mal es ya una realidad en su vida y en el mundo, desde la fe y el Bautismo que nos identifica con la misma autoridad del Maestro y Señor Jesús; porque con ella, con su autoridad de enviado del Padre, hemos sido enviados igualmente nosotros. Tenemos su "autoridad". Sabemos que no es la nuestra. Pero estamos obligados a usarla para el bien de nuestros hermanos, para hacer discípulos suyos de entre las naciones. Autoridad que perdemos si nuestra enseñanza no es la de Jesús, la de un Padre que nos ama y unos hermanos a quienes debemos amar, hasta hacer de la Humanidad una Familia, una Fraternidad con un solo Padre, un solo Principio Vital.

*Y les dijo: así está escrito, que el Cristo tenía que morir, y que al tercer día tenía que resucitar de la muerte; y que en su nombre había que predicar a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, diciéndoles que deben cambiar de actitud para que sus pecados les sean perdonados. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y mirad, yo enviaré sobre vosotros lo que mi Padre prometió; pero quedaos aquí en la ciudad de Jerusalén, hasta que recibáis el poder que viene de arriba (Lc 24, 46-49)*

En Jesús, subraya Lucas, se ha cumplido la gran promesa del Padre, la que atraviesa toda la Historia de Salvación. En Él, se nos ha dado el Espíritu Santo. Mediante la conversión al Evangelio de la Gracia, somos hechos criaturas libres, capaces de vivir el encuentro más gozoso y fecundo con el Dios de la revelación judeo/cristiana. Un encuentro que ya no se fundamenta en el cumplimiento de ninguna ley exterior al hombre, sino en la ley interior del Amor que lo llama a la confianza y abandono en Dios, y al encuentro de intimidad compartida con quien nos visita desde arriba, desde lo que está por encima de nuestras solas fuerzas.

Misión utópica, liberadora, de amorosa presencia y unión. Y todo porque el Espíritu de Dios, el que sondea las profundidades divinas, sondea también nuestras profundidades humanas, y las deja a punto para el abrazo de desposorios con el Eterno Viviente, que comparte con nosotros su Ser Eterno, su Vida en plenitud.

\* \*

El Espíritu Santo nos hace hijos en el Hijo, porque nos identifica con el misterio de su ser mesiánico. Amados en el Amado. Enviados en el Enviado.

Para el que así lo vive, no hay ya necesidad de maestros en el espíritu, porque desde dentro de nosotros mismo el Espíritu Santo es ya nuestro Maestro único. Se trata de la

singular enseñanza de Jeremías que, como promesa del Antiguo Testamento, ya ha tenido su cumplimiento para nosotros tras el don del Pentecostés cristiano:

*Ya no tendrá más que adoctrinar el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: ¡Conoce al Señor!, pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande -oráculo de Yahvé- cuando perdone su culpa y de sus pecados no vuelva a acordarme (Jer 31,34)*

Buscar otros maestros fuera del Espíritu que nos habita, es no confiar suficientemente en Él. *Él os lo enseñará todo* (Jn 16, 13), dijo Jesús. En nuestra vida interior, en contacto con su presencia y su fuerza renovadora, va madurando nuestra verdadera vida al calor de su acción. Nuestra oración coincide entonces con nuestro crecimiento personal. Orar en el Espíritu Santo es ir recibiendo uno a sí mismo de las manos del Creador.

Lo que renueva y fortalece sin cesar en nosotros el don del Santo Espíritu, es un corazón nuevo. Un corazón de hijo, totalmente abandonado a la voluntad amorosa del Padre. Un corazón de hermano, sensible y delicado ante las necesidades de los otros. Un corazón con gran capacidad de admiración ante tantas bondades que llenan la existencia, como pruebas del Amor de Dios. Y como suma de todo ello, un corazón agradecido, eucarístico, reconocedor de la admirable gracia que nos ha hecho hijos en el Hijo Unigénito. El gozo, como alegría de saberse ya salvado por tan grande Amor, y la capacidad de disfrutar mucho en esta vida de las bondades y bellezas de las criaturas, es el talante que expresa hacia fuera la verdad de ese corazón nuevo. Gozo íntimo, sereno, constante; como fuente abierta en el núcleo más vivo de nuestro ser.

*Esto dice el Señor: os recogeré de todos los países, os reuniré y os conduciré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará; os haré libres de todas vuestras esclavitudes y de todos vuestros ídolos. Os daré un corazón nuevo, y pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo. Les arrancaré del cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Os infundiré mi Espíritu para que viváis según mi voluntad y al calor de mis designios. Habitaréis la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré para siempre vuestro Dios (Ezq 36, 24-28)*

En la tierra de nuestra fecundidad, que es la Iglesia de Cristo, hemos sido plantados por el Espíritu, para tener dentro de ella la experiencia transformadora del Dios Amor. El corazón nuevo y el espíritu nuevo que se nos ha dado por la fe y el bautismo, nos capacitan para gustar de Dios en nuestras vidas y en nuestro mundo, viviendo, según la voluntad de Dios, con un corazón de carne, que es todo lo contrario a un corazón estructurado por leyes, normas, ritos, instituciones, definiciones... Un corazón sensible y atento a su necesidad de amar y ser amado, descubriendo que, al dejarse amar por su Creador, aprende a amar como es debido a todas las criaturas. Es la esencia de la oración bajo el Espíritu Santo. Dios me enseña a amar si me dejo amar por Él. Mi más completa y feliz realización ya no puede estar lejos de ese amor cotidiano, amor sencillo, a través del cual vivo en constante diálogo con el *Dios-Todo-en-todas-las-cosas*. En todas las cosas Dios me ama. En todas las cosas puedo amar a Dios. La oración en el Espíritu Santo ya no es un acto que yo realizo, sino mi manera habitual de ser en la vida.

\* \*

Esta oración que el Espíritu Santo abre en nuestras profundidades no conoce expresiones que la limiten. Al realizarse *en espíritu y en verdad*, abarca toda la realidad de nuestro ser, por lo que oramos ya despiertos, ya dormidos, ya con fórmulas vocales o mentales, ya con la contemplación recogida y silenciosa o con la acción que nos imponen nuestras obligaciones, llevadas a cabo con atención amorosa. En realidad, no es que oremos, es que somos oración.

Por ser una oración de simplicidad, lo es igualmente de descanso en el Señor. Una vida sosegada, que irradia paz, es el síntoma más fehaciente de un alma orante en el Espíritu. Somos llevados muy lejos de la mente discursiva, que queda inutilizada por la comunicación de amor que propicia el *dulce Huésped del alma*. Es nuestra la realidad manifestada por Jesús de la inhabitación amorosa del Padre con el Hijo por el Espíritu: *El que me ama, recibe mi palabra; y mi Padre lo amará; y mi Padre y yo vendremos a vivir con él* (Jn 14, 23). Y es así como la oración en el Espíritu Santo (única que puede llamarse cristiana) nos conduce a la visión intuitivo amorosa del Verbo Encarnado.

*Quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado;  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.*

¡Cuán lejos llega en el conocimiento amoroso de Dios, en el servicio desinteresado a los hermanos y en el descanso en el Señor, aquella, aquel, que se ha centrado en su hondura interior, y allí, bebe saludablemente del agua *que mana y corre, aunque es de noche!*